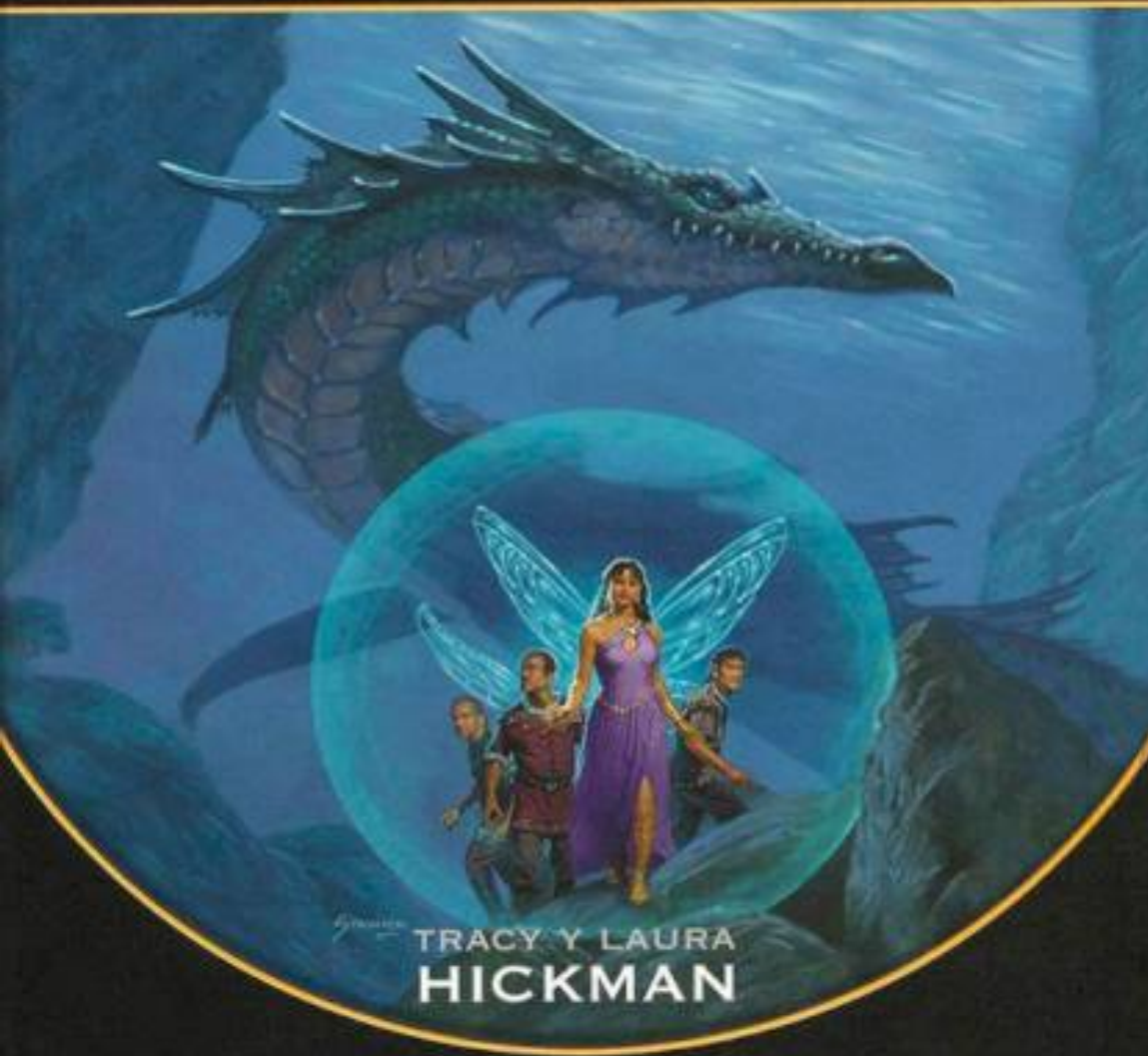


LOS CÁNTICOS DE BRONCE · VOLUMEN 2

LA BÚSQUEDA MÍSTICA



Disney

TRACY Y LAURA
HICKMAN

En el transcurso de más de dos décadas, la banda de místicos proscritos de Galen Arvad ha crecido hasta convertirse en una nación de clanes secretos, a pesar de la persecución de los pir y de los dragones que han esclavizado a la humanidad. En otro mundo, el hada Dwynwyn salvó a su pueblo con un ejército de muertos, pero éstos no encuentran reposo, y sus legiones amenazan los reinos de las hadas. Mientras, en el tercer mundo, la dominación del rey Mímico se ve amenazada por una doncella guerrera cuya sed de conquista supera la suya. No obstante, a través de la magia de los sueños que une sus mundos, sopla un viento nuevo que llama a cada uno de ellos hacia tierras desconocidas con una promesa de salvación, refugio y poder.

Así pues, tres grupos de héroes se embarcarán en aventuras marcadas por la tragedia y la traición. Para sobrevivir, todas deben tener éxito; pues los tres mundos tienen por adversario a una misma criatura maligna y astuta.

Para nuestros hermanos y hermanas:
Gerry y Jana, Kim y Kerry, Kary y Garrin,
Edward y Marilyn, Warren y Delayn, Madeline y Sam,
y Sidne y Len

Éranse tres veces
existía un mundo que tres mundos era,
un lugar que tres lugares era,
una historia que en tres sagas,
todas a la vez, se contaba.

Éranse tres veces...
Los dioses vaticinaron un tiempo
en que tres mundos en uno se convertirían...,
en que las criaturas de su creación
a la Vinculación de los Mundos se enfrentarían.

Éranse tres veces...
Tres mundos lucharon por sobrevivir.
Sus criaturas armadas
con el ingenio de sus mentes,
la feroz voluntad de resistir
y el poder de una magia nueva.

Éranse tres veces...
Tuvo lugar la Vinculación de los Mundos.
Ni siquiera los dioses sabían
... qué mundo reinaría...,
... qué mundo se sometería...,
... qué mundo desaparecería.

*Canción de los Mundos, Los Cánticos de Bronce,
Volumen I, Infolio 1, Hoja 6*

Infolio XIV

La llamada

1

Una empresa descabellada



Cerca del final del año 492 de los Reyes Dragones, la sulevación de los místicos en los Campos de la Elección rompió el pacto que durante más de cuatrocientos años había limitado el conflicto entre los dragones a un grotesco entretenimiento organizado. Satinka —Reina Dragón de Ost Batar— se creyó traicionada en la Batalla de los Campos de la Elección y, cegada por la ira, lanzó a las tropas que le quedaban a aniquilar al enemigo, que retrocedía. Las diezmadas filas de los guerreros de Vasska huyeron al nordeste, recorriendo a trancas y barrancas la calzada de la Marca del Dragón con los guerreros de Satinka pisándole los talones. Hasta que no llegaron al río Serphan, los dementes Elegidos de Vasska no se decidieron a dar media vuelta y presentar batalla.

Allí, en el puente de la Marca del Dragón, la encarnizada batalla se prolongó durante ocho días antes de que refuerzos procedentes de la Fortaleza Vassk y de sus provincias circundantes reforzaran las tropas exhaustas y desanimadas de la orilla del río. La columna de refuerzos de Satinka, en su marcha por el norte, a través de las Marcas de Vestron, se encontró con un segundo ejército, bajo el estandarte de Vasska, que marchaba en dirección oeste desde las ciudades costeras. Se enfrentaron en la quebrada de

Andurrial, impidiendo que los refuerzos llegaran a Satinka, pero a costa de un precio muy alto en sangre para las fuerzas de Vasska.

Panas, Rey Dragón de Enlund, convenció al gran duque de Pantaris de que aquellos acontecimientos eran una señal del cielo y de que sus tropas debían descender sobre la llanura de Enlund para atacar el flanco occidental de las de Satinka. Con las fuerzas divididas, la hembra de dragón se retiró, pero las tropas de Enlund olieron la victoria, y el Gran Duque envió un segundo ejército por el sur a través de la llanura de Umath, en un esfuerzo por cortar la retirada de Satinka. Pero la realeza de Enlund no había contado con los thanes de Urlund, quienes, bajo la dirección y el respaldo de su propio dragón —Ormakh—, condujeron sus torusks de combate tanto contra las tropas de Satinka, que se retiraban por el oeste como contra las tropas del Emperador, que llegaban del norte. Fue entonces cuando el dragón Jekard vio su oportunidad e hizo que sus guerreros penetraran profundamente en los vulnerables flancos de los dominios de Satinka.

Los Cinco Territorios habían jugado a la guerra durante cuatrocientos años, pero ahora sus juguetes se habían roto y en ese conflicto les iba ahora la vida. Para los campesinos poco había cambiado; la guerra de antes y la guerra de ahora eran la misma cosa. Sus hijos e hijas iban a la batalla; sus hijos e hijas morían. Que el número de las víctimas ya no quedara limitado a los Elegidos era algo que nadie comentaba. Sin embargo, en las salas de los poderosos la triste aceptación del consabido sacrificio humano en aras del bien común había sido reemplazada por algo más desesperado. El orden del mundo era ahora incierto, y para los poderosos sentados en aquellos tronos que se tambaleaban, lo que estaba en juego no podía ser más importante.

Al llegar el año 519 de los Reyes Dragones, la Guerra de las Escamas alcanzó su vigésimo sexto año sin que se le viera un final. La memoria de los dragones siempre ha sido

muy longeva y el precio de la afrenta recibida por Satinka en los Campos de la Elección se seguía pagando con sangre humana. Salía a borbotones de la herida infligida al orgullo de un dragón, una herida que no quería cicatrizar. La guerra abierta entre los Cinco Territorios había acabado por convertirse en un monótono ciclo de combates sin conquista, sacrificios sin propósito y derrotas sin victoria. Los frentes de batalla se extendían por los mismos territorios destrozados que ya apestaban a muerte, y la guerra se convirtió en la única preocupación de los Reyes Dragones, que la perpetuaban; del Pir, que se esforzaba por ponerle fin y de los místicos, que luchaban por su propia supervivencia.

Así pues, mientras todos los ojos se lanzaban mutuamente miradas temerosas, el fin del mundo se acercaba sigilosamente, inadvertido incluso por los místicos, los únicos capaces de verlo.

No obstante todo aquello cambiaría en un único y decisivo año.

Los Cánticos de Bronce, Volumen III, Infolio 2, Hoja 23



—¡Tú! —resuena una voz desde la oscuridad.

Atisbo a través de la máscara que he conjurado, una fachada de cuero pintado en blanco y rojo en la que puedo ocultarme, y entrecierro los ojos para mirar al vacío, intentando protegerlos del resplandor de las luces.

—¡Sí, tú, el del escenario! ¿Estás preparado?

—No lo sé —respondo—. ¿Qué debo hacer?

—¡Aficionado! ¡Todo lo que me envían son aficionados!

—ruge la voz—. Haz el favor de abandonar el escenario y observar.

Oigo que se alza un telón enorme y pesado a mi espalda, así que echo una débil mirada a mi alrededor y luego salto con cuidado por encima de las llamas vacilantes de las candilejas, para aterrizar en una llanura gigante que se extiende hasta el horizonte crepuscular.

El telón desaparece en el cielo, dejando al descubierto un escenario apenas ocupado. Montañas pintadas que cuelgan de unas cuerdas en el fondo del escenario, balanceándose por una brisa que sopla sobre la llanura. Hay varias estatuas de guerreros de metal columpiándose a un lado; mientras que en el otro, un falso mar cuelga justo por encima del escenario. Las tres piezas están suspendidas de un ornamentado globo de bronce situado en lo alto. También la esfera está suspendida de la oscuridad. Cada pieza se mueve empujada por la brisa, en ocasiones describiendo círculos sobre el escenario, en tanto que las otras dos los describen bajo el orbe.

Enseguida entran los actores por cada lado del escenario. Las candilejas, inexplicablemente, no me ayudan a ver. Brillan en los bordes de los agujeros de los ojos de mi máscara, de modo que no consigo ver a los actores con claridad. Se supone que mi máscara debe ocultarme de ellos, no al contrario.

Uno de ellos es una mujer con alas de papel sujetas a la espalda que danza bajo las falsas olas suspendidas sobre su cabeza. No le veo el rostro pero me recuerda a mi gemela mística, la mujer alada a través de la cual se hace real mi Magia Profunda. Parece incómoda mientras baila por el escenario, con las alas falsas brincando de un modo nada natural.

A poca distancia, una criatura baja y demoníaca intenta llevar a cabo una danza bajo la estatua de metal suspendida sobre ella. Mientras baila, se esfuerza por transportar algo en las manos: letras y números de una escritura extraña e ilegible. Intenta ser cuidadosa en sus movimientos pero

las letras caen de sus torpes manos, se hacen añicos contra el duro suelo y se desvanecen.

Al fondo del escenario, no obstante, bajo la sombra de las montañas de madera, hay dos figuras altas, de pie, gemelas a juzgar por su aspecto, aunque sus rostros quedan ocultos tras máscaras que son idénticas en todo a la mía. Cada figura empuña una espada. Las dos dan un paso al frente.

—¿Qué te parece hasta el momento? —dice una voz a mi oído.

Me vuelvo y mis ojos se encuentran con unos ojos ocultos tras otra máscara. Doy un paso atrás, profiriendo un grito ahogado.

También esa criatura lleva una máscara que es idéntica a la mía, pero su cuerpo está encorvado y se apoya en un bastón que sujeta con firmeza su mano izquierda. Un largo corte rasga su ropa desde el hombro hasta el centro de su espalda, dejando al descubierto una cicatriz larga y lívida. La criatura me devuelve la mirada con ardientes ojos rojos, como inhumanas rendijas verticales de oscuridad.

—¿Quién eres? —pregunto.

—Si no prestas atención, nunca lo harás bien —me espeta la figura encorvada, sin hacer caso a mi pregunta.

Me vuelvo de nuevo hacia el escenario con el viento susurrando alrededor de los bordes de mi máscara. La mujer alada yace muerta sobre el escenario, con la cabeza separada del cuerpo. La sangre discurre por el escenario en una mancha creciente que avanza inexorable hacia mí. Me estremezco, a la vez que intento apartarme de su camino mientras gotea fuera del escenario, pero me sigue en cuanto me muevo.

Los actores del escenario empiezan a aplaudir y sus aplausos resuenan huecos en la inmensa sala. Alzo la mirada para contemplar las máscaras de los gemelos —ambos absortos aún en su ovación— sabiendo que uno de ellos ha destruido a la mujer alada.

—No está mal para ser un ensayo —grita la figura encorvada, intentando que su voz de oiga por encima de la repentina ráfaga de viento.

Me sujeta por el brazo y me obliga a subir al escenario de un empujón. Desconcertado, me encaramo a él y mis manos resbalan en la sangre de la mujer alada. Permanezco allí, de pie, horrorizado.

La figura encorvada aparece repentinamente junto a mí. Alarga el brazo derecho hacia el suelo y recoge la espada del escenario. La brisa que antes soplabla se ha convertido en un vendaval que aúlla por todo el escenario, haciendo que los decorados giren y se retuerzan sobre nuestras cabezas suspendidos en sus cables.

—Se acabó el ensayo —chilla la figura por encima del repentino estrépito—. ¡Que empiece la representación!

El cuerpo de la mujer alada se alza del suelo, su mano agarra la cabeza del lugar donde ha caído y vuelve a colocarla hábilmente sobre los hombros para abandonar el escenario. La criatura demoníaca también se ha retirado, y se dispone a sacar un nuevo juego de símbolos de un barril situado justo detrás del proscenio.

Vuelvo a mirar a los gemelos; pero sólo una figura permanece de pie en el fondo del escenario. Bajo la mirada hacia mi persona y descubro que ahora llevamos disfraces idénticos.

—¡No lo haré! —chillo al hombre encorvado por encima del rugir del viento—. No representaré este papel...

—Cada uno tiene el suyo —insiste.

La figura encorvada coloca la espada ensangrentada en mis manos manchadas de rojo.

Libro de Caelith, Los Cánticos de Bronce,
Volumen IX, Infolio 1, Hoja 52



Los vientos eran inusitadamente fríos para ser mediada la tarde, incluso a principios de primavera. Caelith Arvad despertó con un escalofrío de sus ensueños y se echó la capucha aún más sobre el rostro, para protegerse las mejillas, ya sonrosadas por las bajas temperatura. Se estremeció una vez más aunque sabía en lo más profundo de su ser que aquello no tenía nada que ver con el frío de la noche que se acercaba.

Estaba parado en el centro de la amplia avenida que había sido la vía principal de la ciudad conocida como P'tai, la Joya del Este. El viento jugaba con una puerta rota en alguna parte, ya que el chirrido de la bisagra y el golpeteo ocasional de los tableros que le quedaban resonaban con un ritmo molesto por toda la ciudad. El viento prestaba su propio gemido sordo y lastimero a la escena mientras serpenteaba a través de los bordes irregulares de las paredes rotas y la oscuridad vacía de las ventanas destrozadas. Las hojas secas y las cenizas que correteaban por el suelo siseaban pidiendo silencio, pero el viento no prestaba atención y seguía soplando entre la desolación.

El viento tenía un consuelo, se dijo Caelith con un suspiro: descendía de la septentrional llanura de Enlund y se derramaba sobre las colinas Pródigas antes de caer en cascada sobre la ciudad. Inundaba sus orificios nasales con el olor acre de maderos quemados, pintura abrasada y provisiones calcinadas; resultaba muy desagradable pero daba gracias por ello, ya que el olor, lo sabía por experiencia, podría haber sido mucho peor.

Sí, habría sido mucho peor si el viento soplara del oeste.

—¡Príncipe Arvad! —gritó una voz lejana que resonó entre las paredes derrumbadas.

Caelith alzó los ojos, enojado, en dirección a la figura que corría hacia él, zigzagueando entre los cascotes.

—¡Príncipe Arvad!

Era Lovich. Era nuevo en el clan, lo habían rescatado apenas hacía cuatro meses de la Elección en Andurrial. Se trataba de un místico que prometía mucho en determinadas áreas, si vivía el tiempo suficiente para desarrollarlas. Poseía un entusiasmo y una ciega lealtad que desaconsejaba apostar por su supervivencia. Lovich se detuvo jadeante deslizándose sobre el suelo, justo frente a Caelith.

—¡Príncipe Arvad, traigo noticias!

—No me llames «príncipe» —le espetó Caelith—. Un príncipe es el hijo de un rey y, la última vez que lo comprobé, mi padre no tenía una corona.

—Pero, señor, todo el mundo os llama príncipe...

—Somos un clan, no un reino —repuso Caelith con un atisbo de determinación en su voz exasperada.

Lovich le caía bien, lo que probablemente era un error si se tenía en cuenta lo fácil que morían los amigos en el desempeño de sus actividades. Era mejor mantener las distancias.

—Mira, ya sé que hay gente en el clan que a veces se refiere a mí como «príncipe», pero eso no es una buena idea aquí, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —Lovich tragó saliva.

Caelith negó con la cabeza. Lovich no tenía muchos más años que él, pero estaba a siglos de distancia de su experiencia.

—¿Tenías algo que contarme, Lovich?

—Sí, señor —respondió el joven místico—, maese Kenth dice que hará entrar a todo el mundo.

—Déjame adivinar —dijo Caelith, mirando a su alrededor distraídamente—. No queda nada.

—Bueno, no gran cosa. —El muchacho se encogió de hombros—. Parece que el ejército de Satinka llegó procedente de la Falla de los Thanés, al este de aquí, hará cuatro días. Avanzaron por la calzada, en plena noche, hasta llegar a la ciudad. Maese Kenth cree que el viejo thane Baerthag

debía saber que venían, porque los habitantes de la población marchaban ya en dirección oeste, con la mayor parte del ejército del thane, cuando Satinka llegó. Dejó parte del ejército atrás para defender la ciudad pero al parecer la hembra de dragón en persona se presentó hace dos días y bueno... —Lovich señaló a su alrededor—, no resistieron mucho.

Caelith asintió. A Baerthag le habría ido mejor de no haber sido un thane en Urlund. Todo Hramra, desde las Montañas Abandonadas, en el sur, a las costas del norte del Lomo del Dragón, y desde la zona occidental de la Desolación al golfo de Palatina, en el este, había sido dividido, tras la caída del imperio rhamasiano, hacía más de cuatrocientos años para crear los Cinco Territorios. Cada uno estaba gobernado por un Rey Dragón —o, como sucedía en dos casos, por Reinas Dragones— con sistemas de gobierno totalmente distintos, según el capricho del dragón que controlaba cada territorio. A pesar de que cada uno de aquellos dominios estaba tocado por el Pentach del Pir Drakonis y su religión de un modo u otro, el sistema de gobierno propiamente dicho variaba de un territorio a otro. Así pues, mientras Vasska gobernaba Hrunard y gran parte del Lomo del Dragón bajo una teocracia centrada en el Pir Drakonis, Ormakh prefería gobernar Urlund a través de una serie menos centralizada de thanes locales, cada uno con su milicia. Caelith estaba seguro de que la intención de Ormakh era mantener a cada uno de los thanes lo bastante debilitado como para que ninguno pudiera cuestionar su mandato. Podría considerarse cautela por parte del dragón, pero esto a menudo obligaba a cada uno de los thanes a apañárselas por sí mismos, ya que los demás se mostraban reacios a involucrarse en los problemas del vecino.

Caelith avanzó lentamente por los destrozados restos de la avenida y Lovich acomodó el paso al de su compañero.

—¿Hasta dónde consiguió llegar Baerthag?

—Unos quince kilómetros..., puede que veinticinco —respondió con calma—. Fue terrible. Baerthag abandonó a los refugiados e intentó escapar con lo que quedaba de su ejército. Evalynn, ya sabéis, esa Oradora del Viento que vino a vernos desde el clan Thais, salió a volar y lo vio. Puedo ir a buscarla si lo deseáis, pero está muy alterada por todo lo ocurrido.

—No. —Caelith se detuvo y miró a Lovich mientras éste se frotaba las mangas profusamente cubiertas de parches de su túnica andrajosa—. Lo que está hecho, hecho está. Baerthag lo provocó. Intentó llegar hasta Enlund a través de los territorios de Satinka y creyó poder hacerlo sin que la Reina Dragón lo advirtiera. —Dedicó una prolongada mirada a los edificios derrumbados y humeantes que lo rodeaban—. Pero Satinka lo advierte todo... y siempre le salen las cuentas.

—¿Habéis visto uno? —preguntó Lovich en voz baja.

—Si he visto un ¿qué?

—¿Un..., un dragón? —musitó el otro.

Caelith vio la expresión en el rostro del muchacho y echó a andar otra vez.

—¡Por los dioses!

—¡No, de verdad, señor! —Lovich volvió a colocarse detrás de su superior—. Solamente me preguntaba...

—Fuiste un miembro de los pir durante la mayor parte de tu vida, Lovich —repuso Caelith con una risita sombría—. ¿Acaso Vasska, el Rey Dragón de los pir, el centro de vuestro culto, no se dignó a aparecer ante ti?

—Pues no —tartamudeó él, dando un traspie con unas losas del pavimento que estaban sueltas—. Quiero decir que, con la guerra en marcha y todo eso, imaginé...

—Lovich —dijo Caelith tajante, sin poder controlar su enojo—. ¡La guerra siempre está en marcha! ¡Se libra de un lado a otro de las llanuras de Enlund, en la planicie de Ur-lund, en las Marcas de Vestron y en una docena de otras tierras de las que jamás has oído hablar desde antes de